

## El libro de E

a Heike y a Lea, y viceversa

Parecemos movernos encima de una delgada superficie que en cualquier momento puede sucumbir a las fuerzas subterráneas que palpitan debajo. De vez en cuando un hueco murmullo del subsuelo o un repentino brote flamígero nos informan de lo que está ocurriendo bajo nuestros pies.

James George Frazer

Todo hubiera podido ser distinto.  
Pero no lo fue.  
Todo podría ser distinto.  
Pero no lo es.  
Y no soy escritor. ¡Así que nada de hacerse ilusiones!  
No lo voy a hacer bien.  
Yo pasaba por aquí.  
Paseaba...  
Con las manos en los bolsillos.  
Tocándome la entrepierna...  
Mordiéndome las uñas.  
Como se me quiera imaginar.  
Aviso de antemano por si alguien quiere dejar ahora de leer. Para que luego nadie diga que le he hecho perder el tiempo y que si hubiera sabido que yo no era un escritor de verdad, no habría leído este libro.  
No se habría molestado. Habría hecho otras cosas.  
Nadar.  
Jugar al rugby.  
Coser y cantar.  
Me presentaré: soy un escritor de mentira.  
Además, esto tampoco es sólo un libro.  
Evidentemente no lo es.  
Todos los libros no son sólo libros.  
¡No!

Como yo tampoco soy sólo el que soy.

¡En absoluto!

Todos los buenos neuróticos no son sólo ellos mismos.

Todos los buenos neuróticos no pueden ser sólo ellos mismos.

Y lo más importante: nada de este libro hubiese sucedido si yo fuera quien soy.

Es decir, si yo fuera E.

Pero no lo soy.

Se me dirá que es muy cómodo no ser E.

El problema consiste en que, a veces, pienso que sí lo soy.

Que soy E.

Y es ahí donde y cuando comienzan los problemas.

¡Tan pronto!

¡Nada más empezar!

¡Estupendo!

Los problemas comienzan cuando de improviso, por hambre o frío o nerviosismo, o por cualquier otro motivo derivado de mi manera de estar o de no estar en el mundo, me despierto en la noche y voy hacia el cuarto de baño y hago pis y, después, me miro en el espejo y contemplo mi rostro demacrado como si saliera del mismísimo infierno y, entonces, me doy cuenta de todo.

De que algo va mal...

¡Muy mal!

Con esa cara...

De que a veces soy E.

¿Entonces en qué quedamos?

Todo esto comienza a ser demasiado.

Todo esto ya es demasiado...

Me doy cuenta del sentido de la vida y de su significado, y comprendo que no hay tal y que, hasta donde yo sé, no parece haber salvación.

Eso lo dirá E.

Por mi parte...

A mí me gustaría estar bañándome.

Cosiendo y cantando...

Jugando al paddle...  
Esquiando...  
En un karaoke...  
Me declaro músico ruso.  
Para hacer tiempo...  
Tanto tiempo esperando este momento. Auditorio de  
Colonia. Alemania. 20 de diciembre de 2000. Ocho de la  
tarde.

Tanto tiempo esperando esta hora.  
Este día.  
Desde que era un niño.  
Desde que vine al mundo en 1945.  
En abril de aquel año los rusos entraban en Berlín y Hit-  
ler se quitaba la vida.  
La primavera...  
Desde entonces.  
Desde cuando no sabía hablar y en Moscú sólo teníamos  
hambre y frío y luego, en el Conservatorio, desafinados  
pianos.

En Berna no hacía tanto frío como aquí y estoy preocu-  
pado por mis manos.  
Como siempre.  
Preocupado por mis manos.  
Mis manos esto.  
Mis manos lo otro...  
Parece que estoy casado con ellas.  
Estoy casado con ellas.  
Soy el amante de mis manos.  
Me pongo cuernos a mí mismo con mis manos.  
No tengo remedio...  
En el avión de Swiss Air que me ha traído hasta aquí, me  
he pasado todo el tiempo con ellas bajo la manta de viaje.  
Tocándome la entrepierna...  
Ése ha sido E.  
He estado haciendo el divo todo el tiempo, pero así son  
las cosas.  
¡Alguien tiene que cuidarse!  
Prefiero no correr ningún riesgo...

La azafata quería estrangularme.  
¡Y con razón!  
En agosto de aquel año caían bombas atómicas sobre  
Hiroshima y Nagasaki.  
Ningún riesgo...  
Todo bajo control...  
Lo que yo decía.  
Desde que acabé la obra ha pasado ya un año.  
Luego vinieron los retoques.  
Luego la rendición incondicional de Japón.  
Luego la idea de su estreno en Colonia, en el auditorio,  
junto a la negra llama de la catedral.  
Cuando venía hacia aquí he visto un termómetro en la  
calle que indicaba seis grados centígrados. Desde mi habita-  
ción del hotel he vuelto a hablar con Olga. Luego con Lucy  
y con Max.  
Todos están bien...  
Todos están listos...  
Llevamos tanto tiempo ensayando que podríamos tocar-  
lo sin manos.  
¡Pasen y vean a los músicos sin manos!  
No paré hasta que conseguí que pudieran tocar ellos. No  
quería a nadie más. Nadie toca el violín como Lucy Cha-  
pman, nadie toca el chelo como Max Loos. Y nadie como  
Olga Bergman es capaz de tener el control total sobre el  
maldito piano.  
Desde aquellas salas heladas del Conservatorio de Moscú  
ha pasado mucho tiempo. Desde aquellos tiempos viene mi  
tiempo. El tiempo. Estreno absoluto en Colonia este día.  
Ahora. 20 de diciembre de 2000 a las 20:00 horas.  
El siglo se acaba.  
El tiempo pasa.  
El tiempo se escapa.  
Y sólo nos queda el tiempo...  
En el Conservatorio nos mordíamos las manos para que no  
se nos quedasen heladas mientras esperábamos nuestra clase.  
Mi padre había desaparecido en algún lugar del frente,

y mi madre volvió a casa de su familia en Moscú, con mis abuelos, de los que casi no tengo ningún recuerdo.

Un hombre...

Una mujer...

Hay tantos...

El tiempo nació en Japón, en Tokio, hace poco más de un año. Me encontraba allí para dar unas clases en la Escuela de Música Avanzada.

Me trataban como si fuera Dios.

Para ir hasta allí había puesto las más estrafalarias condiciones. Puse tales requisitos que hasta las estrellas de rock que acaban destrozando las suites de los hoteles en los que se alojan, habrían pensado (si es que lo hacen alguna vez) que yo estaba loco.

Yo estaba loco...

Yo estoy loco.

Ya he dicho que alguien tiene que cuidarse.

Siempre me he imaginado las manos de mi padre disparando obuses a veinte grados bajo cero en el frente, en medio de ninguna parte, en un paraje lleno de nieve y de muerte. Mi madre me contó que también mi padre era muy buen pianista, pero que la guerra se le había cruzado por en medio de la partitura de su música.

La partitura de un réquiem.

Mozart, Verdi, Brahms...

Por mí...

Un día de 1955, cuando yo tenía diez años, vinieron a buscar a mi madre a casa.

Era primavera.

Era por la mañana.

Los pájaros cantaban...

Mi madre preparaba la comida y yo tocaba y tocaba el viejo y desafinado piano.

Me aburría...

Eran un hombre y una mujer. Trabajaban para el Ministerio de la Guerra. Habían encontrado el cadáver de un hombre que podía ser mi padre.



¿?

Habían pasado diez años...

Yo nunca había tenido un padre.

Mi padre había muerto en la guerra.

Unos trabajadores que estaban realizando unas excavaciones para la construcción de un nuevo gaseoducto habían encontrado algo.

Mi padre...

Algo...

Según la explicación oficial, hasta cincuenta soldados de la División de Artillería en la que estaba mi padre habían perecido sepultados por un alud.

Diez años bajo la nieve...

Para siempre si no hubiera sido por aquellas excavaciones.

Le dijeron a mi madre que los cuerpos estaban intactos. Que el cuerpo de su marido muerto estaba incorrupto después de diez años...

Como el camarada Lenin...

¡Incorrupto!

Pero muerto...

Le dijeron que podía ver el cadáver si lo deseaba, que los habían traído a Moscú en camiones congeladores desde aquel sitio entre Minsk y Smolensk donde habían sido encontrados bajo la nieve, alcanzados quién sabe si por el fuego enemigo o por nuestros propios disparos.

Quién sabía nada...

Y a quién le importa.

Los habían trasladado a una pista de hielo de la capital...

Para que patinaran.

En Tokio recordé esta historia.

Esta historia cualquiera...

Esta historia cuadrada.

(Nunca la había olvidado...)

En una noche en la que me estaba volviendo loco tratando de abrir una de las ventanas de mi suite insonorizada.

No se podía abrir.

Yo soy claustrofóbico...

Sólo se podía respirar a través de los conductos de aire acondicionado.

Y eso no es respirar...

Ya estamos en el auditorio. Cada uno en nuestro camerino. Hace unas horas que hemos llegado para ver si estaba todo bien.

Todo va bien...

El mundo es redondo...

¡Ah!

Gira...

Tiene dos movimientos...

Rotación...

¡Y traslación!

Ahora estamos en nuestros camerinos cada uno con nuestras propias locuras.

Yo veo la tele...

Un concurso de belleza...

¡Ojalá retrasasen el concierto!

¡Me declaro defensor de los concursos de belleza!

Podríamos tocar con los ojos cerrados.

Como siempre, ando preocupado con mis manos (y esta mañana me he cortado en un dedo durante el desayuno. Cualquiera diría que no me he cortado. La herida no tiene ni medio milímetro).

No se ve.

Pero yo la siento.

Lo que se ve no es lo que se ve, sino lo que se siente...

¡Ah!

Cada uno con nuestras locuras, Lucy y Max encerrados en sus camerinos con sus instrumentos y Olga y yo rezando para que nuestros pianos estén afinados a la perfección.

La sala es enorme.

No recuerdo el nombre del arquitecto...

El precio de las entradas más baratas es de 19,94 euros y de 15,34 euros para estudiantes.

Mi madre se puso pálida como la nieve que había sepul-

tado a mi padre. Un coche gris nos esperaba a la entrada de nuestro bloque de apartamentos. Yo no conocía las marcas de los coches.

Ahora me hago una idea...

La mujer conducía y el hombre se sentó a su lado en el asiento delantero. El hombre se quitó el sombrero dejando ver que estaba calvo y mostrando, además, una enorme cicatriz en la nuca.

La mujer no se quitó el gorro.

Ni la cabeza.

Y se lo agradecí.

Yo iba con mi madre en el asiento de atrás. Era la primera vez que iba a ver a mi padre, y le iba a ver muerto.

Qué se le puede decir a un padre muerto...

Yo todavía no había leído Hamlet...

Olga y yo discutimos hace unos años, pero todo aquello ya ha pasado.

No estoy casado.

Soy un hombre sin compromisos.

Un esclavo de mis manos totalmente libre...

Un neurótico y un paranoico totalmente independiente...

Estuve casado, pero he de reconocer que es imposible vivir conmigo. Mi mujer me pidió el divorcio a los dos años de no convivencia. Y aguantó demasiado.

¡Se supone que la gente se casa para no tener que aguantarse!

¡Para no tener que aguantarse a uno mismo a solas!

Si yo no estaba encerrado en mi estudio estaba viajando. Si yo no estaba viajando estaba encerrado en mi estudio.

Rara vez nos veíamos y yo no quería una esclava.

Nos divorciamos amistosamente.

Interrumpí mis ensayos durante veinticinco minutos para ir a firmar los papeles al juzgado. Ella se ocupó de todo. Ella siempre ha tenido interés en la vida y no se lo reprocho. Es una manera de vivir. Tener interés por la vida...

En cuanto a mí...

Yo sólo puse mi firma y un rápido beso frío en sus calientes y bellos labios.

Aquello fue mi matrimonio...

Supongo que ella lloraría.

Volví a mi trabajo.

Al llegar a la pista de hielo, el hombre, que había ido hablando durante el camino sobre vaguedades y tratando de sonsacarme cuáles eran mis músicos rusos favoritos, se volvió hacia mi madre y le dijo: «Será mejor que el chico no entre». Y mi madre respondió: «Nunca ha visto a su padre».

Yo nunca había visto a mi músico ruso favorito.

Tenía ganas de hacer pis.

El chico...

Mis compositores rusos favoritos.

A mí me dolían las manos.

Sobre el hielo había al menos cincuenta cuerpos congelados.

Pero ninguno patinaba.

Mi madre se volvió muda.

A mí me ardían las manos.

El programa es el siguiente:

Olga Bergman Klavier

Trigorin Gáiev Klavier

Lucy Chapman Violine

Max Loos Violoncello

OLIVIER MESSIAEN 1908-1992

VISIONS DE L'AMEN (1943)

Sieben Stücke für zwei Klaviere

Amen de la création

Amen des étoiles, de la planète à l'anneau

Amen de l'agonie de Jésus

Amen du désir  
Amen des anges, des Saints, du chant des oiseaux  
Amen du jugement  
Amen de la consommation

PAUSE

TRIGORIN GÁIEV \*1945  
«DIE ZEIT» (2000)  
für Violine, Violoncello, Klavier und verstärkte Celesta  
-Uraufführung-  
1. La neige  
2. La morte  
3. Le feu

SERGEJ RACHMANINOV 1873-1943  
SUITE Nr. 2 C-Dur op. 17 (1900/01)  
für zwei Klaviere  
1. Bild: Introdution, Alla marcia  
2. Bild: Walzer, Presto  
3. Bild: Romanze, Andantino  
4. Bild: Tarantella, Presto

No podía respirar...  
Me había bebido todo el alcohol del mueble bar.  
¡Esas estúpidas botellitas para gnomos!  
Así que el viejo T. Gáiev (yo) cogió una lámpara de acero  
de la suite Mozart del hotel Tokio Continental y la estrelló  
contra una de las ventanas selladas que se resquebrajó como  
el hielo.  
Estaba solo.  
Solo como jamás lo había estado.  
¡Y qué!  
La ventana no se rompió.  
A la mañana siguiente todos me harían reverencias, to-  
dos los alumnos, incluso los profesores, escucharían mis  
palabras con devoción.

I think that the great majority of the music that moves me very deeply... (Pienso que la mayor parte de la música que me emociona profundamente...)

bla, bla... (bla, bla...)

but as I've grown older... (pero a medida que me hago viejo...)

bla, bla, bla... (bla, bla, bla...)

I find many performances... (encuentro muchas interpretaciones...).

Pero en aquel momento, en aquella noche del tiempo, sólo veía la noche, el tiempo y la música del hielo.

La mujer se quedó fuera con su gorro.

Y con su cabeza.

El hombre de la cicatriz en la nuca habló con el sargento de guardia.

Mi padre era el quinto de la quinta fila...

¡Nada de patinar!

¡Todos muertos y bien muertos!

¡Nada de piruetas y saltitos!

El hombre de la cicatriz tomó del brazo libre a mi madre.

Tenían puestos los uniformes.

Tenían puestas las botas.

¡Nada de patines y melenitas!

Junto a mi padre: un hombre de pelo rojizo y sin guantes, mi madre me dijo: «Trigorin, éste es tu padre. Fue siempre muy bueno conmigo».

Felicidades...

Como para salvar su memoria.

Me fijé en sus manos de pianista. Las tenía como garras...

Durante los meses siguientes compuse El tiempo. Anduve viajando (más de lo normal), llevando a todas partes el infierno conmigo.

Ligero de equipaje...

En Copenhague, donde estaba dirigiendo la Orquesta Nacional de Dinamarca, lo pasé mal.

Muy mal...

No tenía a nadie.

Casi todas las noches pedía una puta.

Mandy.

Linda.

Venus.

Erika...

Todos los días andaba pensando en aquellas filas de cadáveres congelados.

Estaba irascible.

Los músicos de la orquesta me odiaban y mis ayudantes siempre me daban la razón con tal de que no montase una escena. Si algún músico llegaba 30 segundos tarde al ensayo, yo me largaba. Me iba a mi estudio y me ponía a componer El tiempo.

El embajador ruso me llamó por teléfono. Me pidió que, por favor, recapacitara, me dijo que yo no era sólo un músico, sino que además representaba a Rusia.

Le dije que no me hiciera reír.

Que no me interrumpiera... (estaba con Erika...).

Me entró un ataque de tos...

Le dije que Rusia no existía hacía mucho tiempo y que, si él fuese una persona honrada, debería negarse a cobrar un sueldo por representar a un país inexistente.

Por última vez me dijo que recapacitase.

Le colgué el teléfono en sus rojas narices.

Erika...

En cuanto a las putas, eran bellísimas.

Mucho más bellas que mi música.

Pero eso ya se sabe.

Así pues, no tengo padre.

Y, quizás, tampoco madre.

Y ni siquiera ésta es mi historia.

Ésta es la historia sobre el tiempo. Esta historia es parte de la historia de Trigorin Gáiev y, por tanto, parte de la mía, parte de la historia de mi vida si mi vida hubiera sido distin-

ta, o bien parte de mi historia precisamente porque mi vida es la que es y no otra, ni diferente.

¿Y quién puede cambiarla?

¿Quién puede evitar que hoy llueva y sople el viento?

Bien, pues si yo no soy Trigorin Gáiev alguien habré de ser.

Ya va siendo hora de ser.

Pienso nombres de protagonistas.

Yo no tengo ni idea de música.

La odio: movimientos, sinfonías, cuartetos, fugas...

No.

Definitivamente, no.

Conciertos de cámara, conciertos para violín y orquesta, sonatas...

No.

Mendelssohn, Brahms, Beethoven, Gáiev, E...

No.

No lo soporto.

¡Lo único que me gusta es ver la televisión!

Los programas culturales... ¡con azafatas en tanga!

Para ser un protagonista hay que tener un nombre representativo.

Para ser el héroe de una historia cuadrada...

Habré de ser E.

¿Quién?

Habré de ser el que soy aunque me pese.

E no sabe nada.

¡Genial!

Pero E soy yo, así que así no puedo seguir. Todo el mundo opina sobre quién soy yo y quién dejo de ser. Todo el mundo menos yo.

Yo tengo hambre.

Yo no sé ni quién soy, ni quién dejo de ser.

Ni siquiera sé si soy, o si dejo de ser.

Si no sé quién soy puedo ser Trigorin Gáiev.

Si soy Trigorin Gáiev mi padre puede estar muerto.

Cayó de espaldas al intentar un difícil salto...



y quedó tendido sobre la pista...

O puedo verme envuelto en una historia que no sea la mía.

Me pueden confundir con E. Y se me ocurren confusiones mejores aunque también historias... peores.

Ésta no es mi historia.

Me niego a que sea así.

Me niego a que llueva.

Me niego a que haga viento...

¡No faltaba más!

La idea del amor es una idea tentadora, es una idea como cuatro millones de sirenas diciéndote ven... Yo he caído en ella.

La pasada primavera, a la semana de morir mi madre, mi padre me contó que la había estado engañando durante más de quince años.

Si sólo son quince...

Entonces perdí también a mi padre.

Preferí verle muerto.

Es una cuestión de preferencias. ¡En la vida hay que decidirse!

A ese hombre con gafas de pasta que llegaba a casa y besaba a mi madre.

Me pregunté entonces por qué no tuvo el valor de separarse de mi madre e irse a vivir con la otra mujer. Por qué nos estuvo engañando a todos durante más de quince años.

Ahora ya no me pregunto nada. Ahora mi padre viene a visitarme de vez en cuando con la otra mujer. Y ya no me pregunto nada.

Mi hermana Sofie y yo amábamos a mis padres.

Mis padres se amaban.

Y ése es el problema.

¿Mis padres no se amaban y sólo lo fingían? Mi madre quería a mi padre, pero mi padre hacía como que quería a mi madre.

¿Es así? ¿Es eso? ¿Es algo tan sencillo como eso?

Cuando, al morir mi madre la pasada primavera tras

una serie de dolorosas operaciones que no lograron salvarla de su enfermedad, mi padre nos lo dijo a mi hermana y a mí, fue como si de repente hubiera volcado sobre nuestro pasado un inmenso cubo de basura. De repente nos robó el pasado y, todos aquellos felices recuerdos que guardábamos en la memoria se transformaron en una dolorosa mentira. Recuerdos de la familia en la playa, todos juntos, mi padre besando a mi madre sobre la arena, luego juntos en el coche, meriendas, juegos a la pelota y, luego, la cena en algún lugar en las montañas y, luego, mi padre contándonos cuentos y ayudándonos con nuestros deberes del colegio y apoyando a mi madre en su enfermedad...

Cuando supongo que lo único que quería era que se muriera de una vez.

Muchas imágenes y recuerdos del invierno, mi madre abrazada a mi padre viendo cómo mi hermana y yo construíamos el muñeco de nieve y todo era una mentira.

Recuerdos de todos aquellos besos que mis padres se daban y, luego, me imagino a mi padre acostándose con la otra y pidiéndole que no se pusiera perfume para que mi madre no se diera cuenta de nada...

No te pongas perfume, ya sabes...

Sí, no te preocupes, ya sabemos todos.

Ya hemos visto esa película...

Mi madre murió sin saberlo o, si lo supo, nunca se lo dijo a nadie y mucho menos a mi padre o a mi hermana o a mí. Sin saber que su amado marido la cambiaba, día sí y día también, por una pelirroja de grandes tetas.

¡Salía ganando!

Mi padre.

¡Yo hubiera hecho lo mismo!

Al mismo tiempo también nos enteramos por boca del hombre con gafas de pasta de que teníamos dos hermanas más fruto de sus relaciones.

¡Claire!

¡Britta!

Le pregunté a mi padre: «¿Cómo sabes que son tuyas?».